

(*feuillants*) y hasta llegó á ejercer en aquel club una especie de despotismo , que obligó á muchos socios á pasarse á los jacobinos. Se habia unido muy estrechamente con el cortador Legendre y con otros demagogos subalternos ; pero no tardó en conocer , como conocieron otros socios, que los tales demagogos sabian mas que ellos y estaban decididos á derribar con la fuerza una potencia que ellos habian debilitado con la perfidia. Entonces se le vió repentinamente cambiar de language y hacer esfuerzos por combatir la anarquia ; pero habia gastado todo su influjo en destruir y así no le quedaban medios para reparar. Sin embargo en el mes de abril 1791 se reunió con Barnave y Duport , y juntos ofrecieron sus servicios al rey quien los aceptó , y el primer efecto de esta negociacion fué decidirle á escribir la famosa carta de 25 de abril , en la cual declaraba á las potencias « que estaba perfectamente libre y que adheria de buena fe « al sistema constitucional. » Con este motivo hizo Lameth que se le diesen pomposas gracias por la asamblea ; pero fueron las últimas , porque la huida del rey el 20 de junio hizo mas violenta que nunca la escision entre los constitucionales y los jacobinos. El dia 25 de agosto pronunció un discurso muy acalorado contra los que promovian las insurrecciones , acusando á Robespierre y á los jacobinos de que ellos eran los autores de todos los desórdenes. Pero estos discursos tan nuevos en su boca no sirvieron mas que para disminuir su popularidad , que acabó de destruirse el 5 de setiembre por una salida improvisada que hizo contra los decretos concernientes á las colonias. Despues de la sesion fué al ejército de Lafayette á servir en clase de mariscal de campo , y trabajar en los planes de que ya dimos noticia en la nota sobre Lafayette , y que nunca quiso adoptar el rey.

El dia 15 de agosto 1792 fue acusado por la asamblea legislativa , igualmente que Barnave , á causa de algunas cartas suyas que se habian encontrado en el palacio de Tullerias y que probaban los consejos que habian dado á la corte. Inmediatamente salieron tres gendarmas na-

cionales para Mezieres , pero ya Lameth se habia escapado con Lafayette. (Véase la nota sobre este último.) Puesto en libertad en 1795 , pasó á Inglaterra á principios de 96 , pero el gobierno le dió orden de salir del reino y se retiró á Hamburgo. En 1797 pretendieron ambos ser borrados de la lista de los emigrados y volvieron á Francia en el mes de junio ; pero la revolucion de 18 fructidor (4 de setiembre del mismo año) les obligó á volver á salir. Despues del 18 brumario (9 de noviembre 1799) volvieron á entrar de nuevo. En abril de 1802 fué nombrado Alejandro prefecto de los bajos Alpes , de donde pasó despues con el mismo empleo al Rhin , Mosela.

Otro hermano tuvieron que era el mayor de todos , llamado Agustin , de quien solo sabemos que fué elegido en setiembre de 1805 miembro del cuerpo legislativo por el departamento del Soma.

## PAGINA 158.

14 Nos vemos precisados á decir de Mr. de Lafayette lo mismo que ya dijimos hablando de Mirabeau , á saber , que no es tiempo todavia de escribir su historia , ni mucho menos de fijar la opinion sobre el mérito ó demérito de sus acciones. Sin embargo , en este siglo en que todo se escribe por el solo prurito de escribir , se publicó en Paris el año 1851 una historia , ó digamos mas bien un panegirico del marques de Lafayette , tres años antes de su muerte y en el momento crítico en que su nombre habia pasado á ser por segunda vez una potencia. Estas llamadas historias no son mas que unos memoriales impresos en que se solicita la proteccion y benevolencia del héroe , ó una especulacion sórdida para engañar al público , y tal vez desvanecer la cabeza mejor organizada. Contentémonos pues con referir los principales hechos de su vida , absteniéndonos de comentarios que deben reservarse á la posteridad.

Gilberto Moitié marques de Lafayette nació en Chava-

gnac el 1.º de setiembre 1757 y desde muy tierna edad perdió á todos sus parientes. Casóse á la edad de 16 años con la señorita de Noailles, hija del Duque de Ayen, cuya alianza hubiera podido facilitarle una brillante perspectiva en la corte de Luis XVI. Pero sus miras ó mas bien sus presentimientos le llamaban á ser uno de los principales actores de los dos grandes dramas que se preparaban en el mundo: la emancipacion de los Estados Unidos y la revolucion de Francia. Apenas estalló la insurreccion americana, cuando Lafayette se sintió conmovido en favor de tan noble causa, á lo que no dejó de contribuir en gran manera el conocimiento que hizo en Versalles con el sabio Francklin, que habia venido á buscar proteccion en favor de sus compatriotas. Mas como nunca se apresura nadie á socorrer á los débiles, y se acababan de recibir fatales noticias del estado á que se hallaban reducidos los insurgentes de resultas de haber sido batidos por un ejército ingles de 30,000 hombres, se les reusó toda especie de crédito, y los comisionados no pudieron siquiera armar un buque para conducir sus pliegos. Entonces fué cuando Lafayette, á pesar de las observaciones de los mismos comisionados que intentaban disuadirle, formó el proyecto de ir á servir con Washington. Sordo á todas las reflexiones y sin dejarse arredrar por los obstáculos que oponian el gobierno ingles y el frances, equipó á su costa una fragata y salió para Georges-Town, donde desembarcó en abril de 1777. Inmediatamente se presentó en Filadelfia, y pidió el favor de que le admitieran á servir como voluntario y sin sueldo. El congreso le concedió el grado de mayor general, con el cual se halló en la batalla de Brandywine el 11 de setiembre de aquel mismo año, en la que salió gravemente herido. Este fué, como dicen los franceses, su *bautismo de sangre*, pues era la primera vez que veia el fuego; pero aun sin que estuviese cicatrizada su herida, batió con un simple destacamento de milicianos un cuerpo de Ingleses y Hesseses, muy superior en número y en esperiencia. Esta accion le va-

lió que se le diesen las gracias en nombre del congreso y el mando de una division. Algo mas tarde obtuvo el titulo de general en jefe, que no quiso aceptar sino con la condicion de servir siempre á las órdenes de Washington. Despues de haber defendido con un puñado de hombres una vasta comarca, logró Lafayette salvar á dos mil insurgentes que se hallaban envueltos por el ejército ingles: se distinguió mucho en la batalla de Monmouth ganada por los americanos el 27 de junio 1778, y marchó al instante con su division á cubrir la retirada de Sullipan, que se veia precisado á evacuar á Rhode-Island. La importancia de este servicio le valió nuevas gracias del congreso y una espada de honor, adornada con figuras alegóricas que le presentó Francklin en Paris, á donde habia vuelto en 1779 despues que el gobierno frances hubo reconocido la independenciam de los americanos. No permaneció en su patria mas que el tiempo necesario para procurar socorros de hombres y dinero, dándose prisa á volverse á embarcar apenas los consiguió. Recibiéronle con entusiasmo en Boston, donde anunció la próxima llegada del general Rochambeau y echó á correr al ejército. El año de 1780 mandó la vanguardia del ejército de Washington, y tuvo la suerte de escaparse de la traicion del general Arnold. El año siguiente estuvo encargado de la defensa de Virginia con solos 5,000 hombres que la mayor parte del tiempo estaban sin vestuario, sin paga y casi sin viveres. Pero á pesar de todo se las tuvo firmes durante cinco meses contra todas las fuerzas de Cornuallis que era el terror de la América. Este general se habia vanagloriado de que *el niño*, así llamaban á Lafayette, *no se le escaparia*; pero no solo se desmintió esta prediccion, sino que muy pronto se vió él mismo bloqueado por mar y por tierra. Bien hubiera podido Lafayette atacar al enemigo, como se lo aconsejaba el almirante frances, conde de Grasse; pero no quiso aventurar un gran derramamiento de sangre, ni aun por una victoria cierta, y aguardó la llegada del ejército de Washington y de Rochambeau para dar

el ataque. Mostró en él, según su costumbre, una rara intrepidez, apoderándose á la bayoneta de un reducto erizado de cañones, á donde fué el primero que subió. El resultado de esta victoria fué la capitulación de Cornouallis. Entonces se volvió á Francia para acelerar el envío de nuevos socorros, y cuando ya iba á embarcarse en Cadiz en compañía del conde de Estaing, que llevaba 9 mil hombres, llegó la noticia de que se había firmado la paz y suspendió su partida. Esta guerra de América había adquirido mucha popularidad á Lafayette hasta en la misma corte, donde los paisanos de Washington y de Francklin se habían hecho de moda. Hasta la reina disimulaba poco su entusiasmo en favor del joven guerrero, sin que haya podido saberse qué es lo que influyó en la tibieza que le mostró despues esta princesa, aun antes de que principiasen los primeros síntomas de la revolución. Lo cierto es que Lafayette, enamorado de su amigo Washington y de su querida América, emprendió otro nuevo viage hacia el pais que había contribuido á liberar. Fué recibido en él con transportes de reconocimiento, igualmente que su hijo, y ambos recibieron los derechos de ciudadanos por una especie de adopción tan singular como honrosa, siendo su nombre solo un título de recomendación.

Recibió tambien muchas pruebas de estimación del anciano Federico II rey de Prusia, y del emperador de Alemania José II, aprobando hasta cierto punto sus principios políticos, pero no su entusiasmo por la nueva república. Es bien sabido el dicho de este último «que su papel era ser realista,» y lo mismo seguramente pensaba el otro á pesar de toda su filosofía. Verdad es que este monarca tenía, en medio de su despotismo, un deseo fijo del bien general y una voluntad de hierro para hacer justicia á todos, sin otorgar derechos á nadie. En una palabra tenía una idea cabal y razonada *del despotismo ilustrado*, único que conviene emplear cuando los pueblos se encuentran en ciertas y determinadas circunstancias, pues con él se adquieren mas verdades y

menos teorías que luego desenvuelve y aplica el tiempo. Pero á Lafayette no podía acomodarle semejante doctrina, porque estaba encalabrinado en los principios abstractos de la libertad, que tanta sangre han hecho correr en el mundo. Así es que no soñaba mas que en la emancipación de los negros, sin considerar los peligros que, tal vez, podían seguirse de una mudanza tan rápida en su condición de esclavos á libres. Animado de igual simpatía por la causa de los pueblos, abrazó con transportes la de los patriotas holandeses y hubiera querido ir á ayudarles con su espada, como había hecho con los americanos. Pero con motivo de haber sido nombrado en 1787 miembro de la asamblea de los notables, hubo de suspender sus ímpetus, y los empleó con mas utilidad en pedir en ella la supresión de los mandatos de prisión arbitrarios y de las prisiones de estado, obteniendo por de pronto una resolución favorable al estado civil de los protestantes y siendo el primero que habló de la necesidad de consultar á la nación. Admirado el conde de Artois de estas palabras le dijo «lo que Vm. pide en sustancia son los estados generales.» Algo mas que eso, le respondió el otro, porque lo que deseo es *una asamblea nacional*. No tardó en realizarse este deseo y apenas fué nombrado miembro de la constituyente, cuando propuso la primera declaración de los derechos del hombre, que él miraba como el programa de la libertad universal. El fue quien presidia esta asamblea en los famosos dias del 13 y 14 de julio 1789 y quien nombrado el dia despues de la gran victoria del pueblo sobre la Bastilla comandante de la guardia nacional, hizo tantos servicios á la tranquilidad pública de Paris. Seria injusto reusar á Lafayette el extraordinario mérito que contrajo en aquellos dias porque no era tan facil como se piensa dirigir y contener á un pueblo donde fermentaban todas las pasiones y en que estaba amenazando una fiera tempestad.

Las imprudencias de la corte y el funesto convite de los guardias de corps, ocasionaron las jornadas del 5 y 6 de octubre, en las cuales la guardia nacional, prece-

dida de un tropel de mugeres insurreccionadas y conducidas por el famoso Maillard, arrastraron á Lafayette hasta Versailles. Mucho tiempo se estuvo resistiendo; pero al fin tuvo la debilidad de ceder, dando el malísimo ejemplo de un gefe militar que se deja dar la ley por sus propios soldados. Era tanto mas reprehensible esta conducta, cuanto mas se esforzaba á disculparse de ella durante el camino, con los dos comisarios del ayuntamiento que iban acompañándole. Luego que se presentó con ellos delante del rey, sus primeras palabras fueron: « Señor, yo no sé como me atrevo á presentar delante de « V. M. » « Qué quieres, le respondió Luis XVI, ya sé « que has hecho lo que has podido » . . . .

Tranquilizado con estas dulces palabras que aliviaban algun tanto los remordimientos de su conciencia, cobró algun ánimo y le dijo al rey sonriéndose: « Señor, he « hecho prestar á la guarnicion de Paris el juramento de « ser fiel á la nacion, á la ley y al rey: V. M. puede es- « tar tranquilo porque será respetado. » Así lo creeria él sin duda; pero con todo eso solicitó, sin poderlo obtener, la guardia de todo el palacio y de todos los puestos necesarios para responder de la seguridad de la familia real. Arengó á las tropas en la plaza de armas, hablandolas en nombre de la patria y del rey, y todas mostraron las mejores disposiciones, particularmente las guardias nacionales de Versailles y de Paris: de modo que tanto él como Lally Tolendal que estaba presente, adquirieron la conviccion de que no ocurriria ninguna novedad. Quiso ir á dar cuenta al rey de todas las disposiciones que habia tomado; pero le dijeron que estaba recogido despues de una jornada tan tumultuosa, y entonces rendido él mismo de cansancio, se retiró tambien á dormir. Mucho se ha murmurado de este sueño y muy severos han sido los cargos que le han hecho sus contemporaneos y que tal vez le hará la historia; pero son tambien muchas las excusas que merece un hombre que llevaba ya tres dias de continua agitacion. No nos toca á nosotros juzgarle, ni tenemos todos los datos necesarios para califi-

car su conducta en aquella terrible noche; pero por lo mismo que son de tanta gravedad las acusaciones, y supondrian un grado de perversidad incompatible con los antecedentes y el carácter de Lafayette, nuestro deber, como críticos, es inclinarnos al lado de su inocencia, que es hacia donde nos lleva nuestra conviccion. Por otra parte, no sabemos por qué haya de recaer toda la odiosidad contra Lafayette, cuando se sabe que el hermano del mismo rey, toda la familia real, los ministros, los generales, los mas celosos sirvientes de la real cámara, el conde de Estaing, que era comandante de la guardia nacional y de la guarnicion de Versailles, el duque de Guise, que era oficial superior de los guardias de corps y por tanto tenia obligacion especial de velar en la seguridad del monarca: todos estaban, no dormidos, sino acostados en sus camas, y el último en Trianon, que está á bastante distancia.

Mas al fin supongamos que en aquella noche no hiciese Lafayette todo lo que rigurosamente pudiera esperarse de él; ¿habrá quien dude de que en la mañana siguiente se condujo de un modo sublime? Evidentemente el rey, toda su familia y sobre todo los guardias le debieron la vida. Ni aun la reina misma, que cierto no estaba dispuesta á su favor, ha negado jamas este inmortal servicio; y la princesa Isabel le dió un abrazo en público como á su libertador.

Durante la travesia desde Versailles á Paris, hizo tambien todos los esfuerzos imaginables para que el rey no oyese ni viese los ultrages que le dirigian á cada momento: ultrages que, sea dicho de paso, atribuia la corte y aun el mismo Lafayette á los manejos é intrigas del duque de Orleans. Tan persuadido estaba de ello, que no tuvo reparo en encargarse de insinuarle que pasase á Inglaterra, bajo pretesto de una mision, que no era mas que un lazo de la corte. Mas el duque hubiera podido imponer silencio á Lafayette diciéndole: « ¿Cómo, general, Vm. se ha dejado violentar por sus propias tropas « contra lo que era de su obligacion, y sin permiso de la

« ley y sin las órdenes de sus gefes ha escedido los límites de su mando , ha marchado Vm. al frente de la insurrección armada : ha puesto Vm. al rey en el mayor peligro : le ha traído por fuerza á Paris : aun ahora mismo , cualquiera que sea el pretexto ó el nombre que Vm. dé al papel que está haciendo , nadie duda de que le tiene preso en su propio palacio , y se viene Vm. con insinuaciones ? Cuando Vm. haya respondido á estos cargos , yo tambien responderé á mis acusadores y aun á Vm. mismo que parece participar de sus odiosas sospechas. »

La verdad es que el duque no habia tenido parte en las jornadas del 5 y 6 de octubre , y que Lafayette , por mas que hubiese sido condenado á muerte por un consejo de guerra , si hubiera sido vencido , no era mas que un hombre débil que habia cedido á una prueba mas fuerte que su carácter ; y que en el fondo era un súbdito fiel que habria dado la vida por su rey , como lo demostró el dia seis. En aquella época , como en otras muchas , Lafayette tenia empeño en conservar á todo precio á Luis XVI y á su esposa ; haciendo como que ignoraba sus planes contra la libertad , tanto mas , cuanto se creia seguro de poder evitarlos y desvanecerlos. Esto mismo fué causa de que sospechasen de él los amigos fogosos de la revolución : de modo que mientras la corte ansiaba por que llegara el momento de vengarse de él , los patriotas le miraban ya como traidor á su patria. ¡ Cuantos de estos fenómenos estamos viendo todos los dias en los países insurreccionados ! Pluguiese á Dios que los españoles aprendiesen con este ejemplo á no juzgar con la severidad que acostumbran á los que , no por desaprobacion sus quiméricos y prematuros planes de movimiento perpetuo , dejan de desear las reformas radicales que exigen el siglo y el interes bien entendido de la España !

En medio de todo y á pesar del murmullo de las pasiones , no dejaban de agradecerse los servicios que hacia al orden público al frente de su guardia nacional , que le miraba con una ciega confianza. Pero es poco me-

nos que evidente para nosotros , por los diferentes datos que hemos reunido de su conducta en aquel tiempo , que estaba convencido su ánimo del mayor peligro que ofrecian á la causa pública los revolucionarios que los conspiradores realistas , y así se inclinaba insensiblemente á un sistema de reaccion que algunas veces excitaba justos motivos de descontento. Sin embargo , el dia 14 de julio 1790 obtuvo uno de aquellos triunfos debidos á sus felices inspiraciones , cual fué el de solicitar de la asamblea constituyente un decreto para que ninguna persona , fuese de la clase que fuese , pudiera obtener el mando de la guardia nacional mas que en un solo departamento , y eso en el instante crítico en que su posicion y la fuerza misma de las cosas le llamaban al mando general de todas las guardias del reino. La única idea que dominaba entonces en él era la de restablecer el orden y crear un gobierno , dándole mayor fuerza y accion que la que antes tenia. Es de advertir que Mirabeau , *vendido ó pagado* por la corte , coincidia entonces en la misma idea que Lafayette que no se habia vendido á nadie , y sucedió lo que muy frecuentemente sucede en las revoluciones , á saber , que hombres que se aborrecen mutuamente , como les sucedia á estos dos , trabajan de consuno para obtener el mismo fin. El mismo Mirabeau con todo su talento no era capaz de resolver el problema de la union de la dinastia con los derechos del pueblo , y el restablecimiento de la autoridad real con la existencia de la libertad. Murió aquel tribuno , y Lafayette continuó trabajando por resolverle , pero se dejó sorprender por la escapada de Varennes. Imposible nos parece aun hoy mismo cómo pudo resistir al huracán que se sublevó contra él en el club de los jacobinos , donde Danton le acusó de una manera tan enérgica ; pero si tuvo la fortuna de salir de aquel peligro , fué á costa de verse precisado á traer preso á su rey por medio de la Francia que estaba en armas , y es seguro que si Luis XVI hubiese recuperado su autoridad , no hubiera habido castigo suficiente á espigar este segundo ultraje.